

—¡Oh! ¡qué horror! exclamó Emilio casi desmayado, pero enteramente convencido.

—¡Valor! mi querido, le dijo Pepe. Llena tu copa de vino, consuelo supremo de los hombres gastados y de las almas desengañadas. El champaña vale más que un amigo, vale más que una querida: no engaña nunca y alegra siempre. El champaña es mejor remedio para los dolores morales que los consuelos de un religioso y que las monótonas máximas de un filósofo estoico.

La fisonomía naturalmente pálida de Pepe se puso lívida. Parecía que todas las tristezas, las amarguras, los desengaños de su vida pasada se le habían venido, como un tropel de fantasmas, a la memoria, pronunciando esas horribles palabras.

La cena, que duró mucho, le costó un caudal a Emilio; al otro día amaneció doblemente pobre, sin ilusiones y sin plata.

Hace cuatro años me escribió de su hacienda del Cauca, entre otras cosas, lo siguiente:

«Al fin, querido Emiro, voy a casarme. Después de aquella terrible cena que tuvimos con Pepe he profesado enemistad a las mujeres, pero a estas amables y peligrosas criaturas no se les puede jurar, como Anibal a los romanos, odio eterno. En estos pueblos de provincia es preciso casarse para introducir alguna novedad en la vida, para aburrirse en compañía de alguien. Pero he abandonado esa tontería de buscar el primer amor de una mujer. La mujer es una criatura esencialmente afectuosa, y la que ha tenido más amores no prueba sino que es más tierna que las otras. Encontrar una mujer que no haya amado a nadie es tan difícil como descubrir la cuadratura del círculo o el movimiento perpetuo. Me caso con una muchacha clásica, positiva, nada vaporosa y que ignora absolutamente dónde tiene los nervios. Preguntándole cuántos amores había tenido, incurrió en la estupenda franqueza de decirme que dos o tres pequeñas pasiones, pero que la que sentía por mí era la más fuerte, y que sobre



En el próximo cuaderno daremos el índice del tomo III.

todo sería la última. ¡Dios la sostenga en esta heroica resolución! Dentro de quince días estaré casado.»

EMIRO KASTOS

(JUAN DE DIOS RESTREPO)

1.º de Abril de 1856.

EN BALDE

Los «principistas» no servimos para aconsejar «medidas de emergencia». Por atribulados que nos veamos, por angustioso que nos parezca el momento, no podemos volver la espalda a los principios que aceptamos como buenos en las horas de serena reflexión.

«Si hemos de caer—nos dijo el Presidente Tinoco en conversación privada—, caigamos grandes». Y nosotros repetimos aquí sus palabras, aunque tal vez no les demos un mismo sentido. Ser grandes, ser héroes, significa para nosotros resolverse a coger el buen camino, cueste lo que costare.

Es mejor ir a pie por una senda firme que en carroza por un despeñadero.

Sostuvimos que la llegada de don Alfredo González al supremo poder representaba la mayor desgracia que jamás hubiera ocurrido a Costa Rica, y hoy confirmamos nuestro aserto. El país está ya en el terrible trance que preveíamos.

¡Seamos grandes! Resolvámonos a la vida de privaciones, reduzcamos los gastos públicos, ofrezcamos libertades a las iniciativas individuales y VOLVAMOS A LA CIRCULACIÓN METÁLICA. De ningún modo aceptemos los procedimientos preconizados durante la anterior Administración. No multipliquemos las